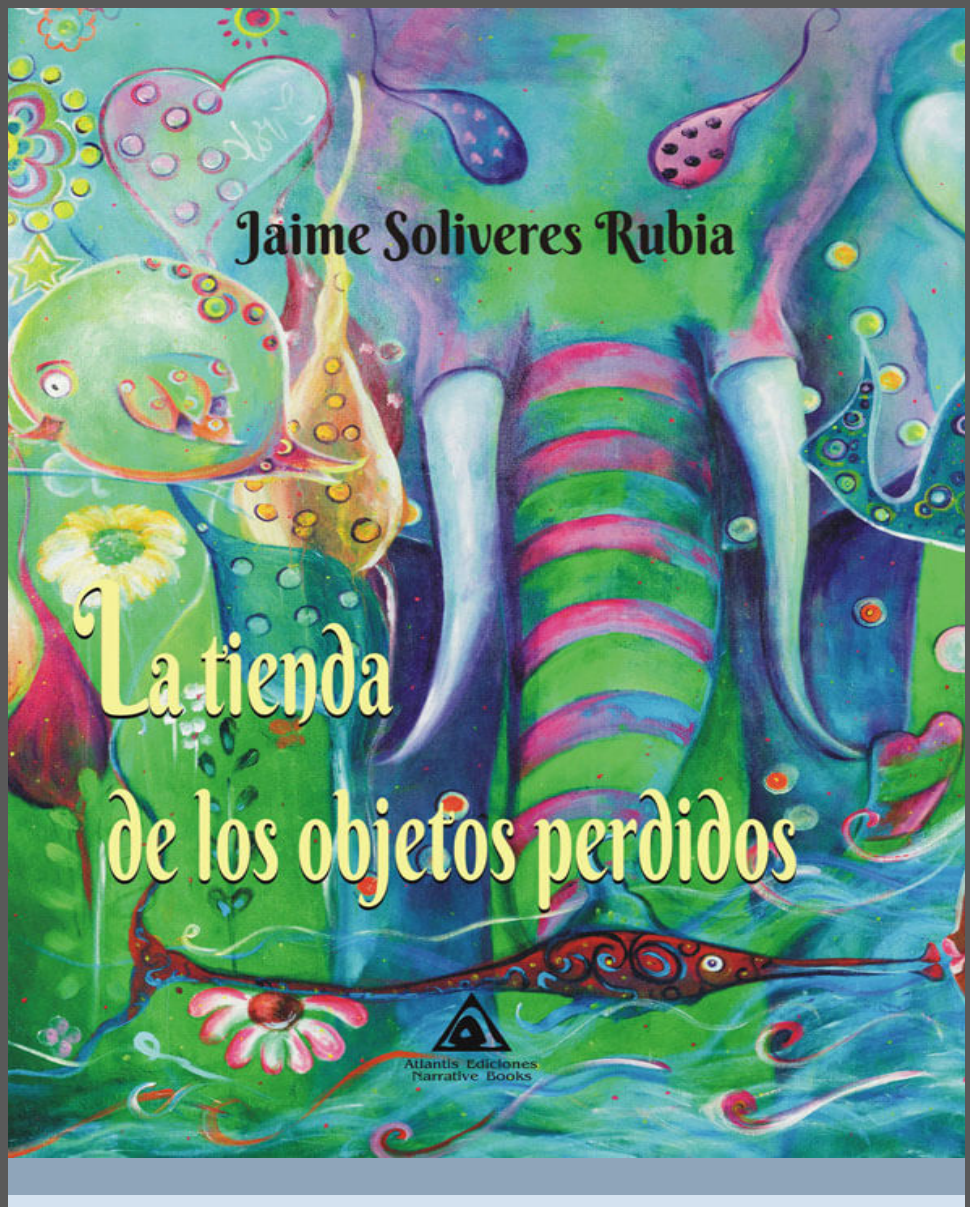


“La
tienda de
los
objetos
perdidos”



**JAIME
SOLIVERES
RUBIA**

Un día sin reír, es un día perdido.

Charles Chaplin.

Hacía mucho tiempo que la desidia se había instalado confortablemente y sin oposición en la casa de Antonio Cabañero. Tenía previsto una estancia indefinida y observando las facilidades que ofrecía su anfitrión, nada hacía presagiar lo contrario.

Desde que el hombre es hombre, no se recordaba una época de esplendor y bonanza, como la que este indeseable parásito gozaba en la actualidad.

Los damnificados se contaban por millones y por primera vez en la historia de la humanidad, envalentonada, se atrevía con aquellos que en antaño eran más inaccesibles; los niños y los jóvenes.

Los acontecimientos que generaba esta nueva y frágil sociedad, basada máxime en un modelo de vida individualizada y en la mayoría de los casos egoísta y deshumanizada, conducía a los ciudadanos a través de un camino intrascendente y desvalorizado, plagado de vacíos, dudas e insatisfacciones. Este era el desalentador caldo de cultivo de la sociedad y la oportunidad de la desidia, para campar a sus anchas.

En este triste escenario se encontraba Antonio Cabañero.

Sin cargas familiares y viviendo una vida más o menos holgada, a sus sesenta y dos años, aunque no lo quisiera reconocer, aún mantenía un hilo de esperanza.

Sentado en su sillón favorito, ojeaba revistas de viajes que lo transportaban a lugares exóticos y mundos desconocidos. Era entonces cuando la desidia se

hacía fuerte. Acostumbrada como estaba a dar órdenes, incidía en su mente haciéndole ver lo absurdo e incompatibles que eran dichas ensoñaciones a su avanzada edad y en su deplorable estado físico. En consecuencia, una mueca de hastío se formaba en su rostro, acentuando sus líneas de expresión y acababa por lanzar al vuelo las revistas y con ellas sus sueños.

Era una mañana de un lunes cualquiera y siguiendo uno de los pocos hábitos que aún mantenía, bajó a la primera planta de su vivienda adosada, en el barrio de Gràcia de Barcelona a recoger el correo.

Separó la publicidad y se quedó con las cuatro cartas que contenía el buzón. No tenía ninguna prisa en abrirlas, acostumbrado a recibir siempre idéntica información de los mismos remitentes; Recibos, facturas y propaganda sobre planes de pensiones y similares.

Optó por dejar la correspondencia en la encimera de la cocina, mientras se preparaba un café. Ese otro de los hábitos que persistía en mantener.

Con el primer sorbo del humeante café, decidió no hacer esperar su rutina diaria y una por una fue abriendo y ojeando las cartas.

Una vez despachadas las tres primeras, recaló en una particularidad que le llamó la atención. El último sobre carecía de remitente que justificara el proveedor del envío, pero lo que hacía de esa carta una diferencia sustancial al resto, era la singularidad que tampoco portaba sello.

Sólo su nombre y primer apellido escrito a mano.

-¿Quién enviaría esa carta?- se preguntó antes de abrirla. Sin duda alguien que le conocía y se había tomado la molestia de introducirla en su buzón.

Pero, ¿quién podría ser? Y sobre todo ¿por qué no había utilizado el sistema tradicional?, se continuaba preguntando mientras se pellizcaba el lóbulo de su

oreja izquierda.

Solo abriéndola disiparía sus dudas y es lo que hizo.

El contenido de la nota que adjuntaba la carta, le dejó aún más perplejo que el extraño sobre que la albergaba.

En ella, esta vez, en letra mecanografiada, se le citaba en modo cortés a recoger un objeto perdido, en una dirección y a unas horas determinadas de ese mismo día.

-¡Gilipollecés!- exclamó en voz alta, dejando clara su intención de no conceder la menor importancia y veracidad a esa ridícula y surrealista nota.

No obstante, esa inesperada carta, mantuvo su cabeza ocupada durante todo el día.

Antonio había pasado cientos de veces por esa estrecha calle del barri de Gràcia, sin reparar en esa pequeña tienda. Abrió la puerta y entró.

A primera vista, la abundancia de objetos, que amontonados en el suelo, colgados de las paredes y expuestos en un laberinto de estantería y vitrinas, daban al espacio una atmósfera babélica.

-Buenas noches, ¿qué desea?- preguntó amablemente el anciano dependiente de la tienda, esbozando una sonrisa.

Jaime Soliveres Rubia
(Barcelona, 1965)